

María José Alonso Veloso (ed.) (2022): *Quevedo en su contexto poético: la silva*, Servicio de publicaciones e intercambio científico de la Universidad de Santiago de Compostela, 562 pp.

A partir del proyecto de investigación *Edición crítica y anotada de la poesía completa de Quevedo: las silvas* (2019-2021) surgió el volumen coral titulado *Quevedo en su contexto poético: la silva*, donde se recogen las Actas del Congreso Internacional homónimo celebrado en 2021 en la Universidad de Santiago de Compostela, institución encargada de publicar dicho volumen en una exhaustiva edición a cargo de María José Alonso Veloso.

Poetizar es en Francisco de Quevedo un acto depurado del pensamiento, embellecido por la hipnosis cognoscitiva y rítmica de una composición como la silva, en cuya cadenciosa elevación estructural se disponen acontecimientos imaginativos de muy original alcance. Asimismo, la poesía barroca quevediana aglutina lo satírico, lo festivo, lo encomiástico y, a su vez, se inserta y se desarrolla en un contexto poblado por extraordinarios talentos que demuestran su fuerza competitiva en lid por la corona de laureles: Lope de Vega, Francisco de Rioja, Luis de Góngora y Francisco Manuel de Melo, entre otros varios. Así, la dimensión de la poesía barroca comprende una rica distribución de emblemas líricos que se solapan a la inmanencia literaria de su propia inercia en las formas de racionalidad y fantasía, de todo y parte, de forma y fondo.

Tras el prólogo de Alfonso Rey y la presentación de María José Alonso Veloso, donde se da cuenta del propósito de aportar críticamente novedosas apreciaciones en torno al Siglo de Oro y a sus máximos exponentes, centrados en el ingenio de Quevedo, se encuentran los distintos estudios que dan cuerpo al volumen. Dichos estudios se pueden dividir en cinco bloques temáticos. El primero reúne investigaciones bajo el epígrafe «Poesía grave», y cuenta con aportaciones de Javier San José Lera dedicadas a Fray Luis de León en comparación con Quevedo, y además se desentraña el concepto *Poethica Theologia*; también Antonio Ramajo Caño

ahonda en la *contaminatio* literaria del contexto aurisecular; María José Alonso Veloso se centra en las transfiguraciones temporales del *Heráclito cristiano*; Enrique Moreno Castillo dedica su espacio a reconsiderar aspectos de edición crítica del *Poema heroico a Cristo resucitado*; mientras que Rafaële Audoubert comenta el trasfondo moral de las silvas y los sonetos, así como su naturaleza práctica y técnica dentro de unas costumbres determinadas; y Fernando Plata Parga reflexiona sobre la atribución de textos a Quevedo, y la autenticidad o no de sus autógrafos con la ayuda del Archivo Histórico Nacional. El segundo bloque reúne diversos trabajos bajo el epígrafe «Poesía burlesca y censura», y en él aparecen las investigaciones de Pedro Conde Parrado, proyectadas en la ofensiva poética de la disputa personal entre Quevedo y Góngora; de Jesús Ponce Cárdenas, orientadas a dar nueva luz sobre el epigrama *Epitafio a Julio el italiano*; y de Mathilde Abisson, cuyo interés radica en examinar el corpus poético de los índices hispánicos y portugueses (esto es, las obras ibéricas) del siglo xvii. El tercer bloque, bajo el epígrafe «Imitación, traducción y recepción» alberga estudios de Francisca Moya del Baño, que se centra en la importancia de Estacio para la labor poética clásica de Quevedo; de Adrián J. Sáez, que presenta la idiosincrasia material del acervo que influencia la obra de nuestro poeta madrileño; de Adrián Izquierdo, quien rastrea los ecos identitarios y hereditarios del *Anacreón castellano*; de Lúa García Sánchez, que destaca la crucial importancia de Epicteto en Quevedo, sobre todo en el dominio de la traducción hacia conceptos especulativos; y de Hilaire Kallendorf, quien propone una imaginería arbórea y laberíntica en la literatura hispánica aurisecular, de donde se infiere la fructífera pluralidad de voces dentro de unas precisas coordenadas caracterizadas por la potencia lírica. El cuarto bloque, titulado «Otros ingenios en silva», pone el foco sobre distintas figuras capitales en la época de tal composición, y así Pablo Jauralde Pou contrapone *Las Soledades* de Góngora y el *Sermón* de Quevedo, en un detallado cotejo que instaura las variables esquemáticas de sus operaciones literarias; por otro lado, Antonio Sánchez Jiménez recuerda que la introducción de la silva en España se debe a Lope de Vega, y considera al Fénix como afianzador del género en lo tocante a sus combinaciones métricas actuales; Paulo Silva Pereira acude a las *Obras Métricas* del prolífico Francisco Manuel de Melo, y examina el juicio estético que el propio autor realiza de sus escritos; Antía Tacón García analiza la poética de Catalina Clara Ramírez de Guzmán, atendiendo a sus variantes satíricas y burlescas, con predominio del sentido explícito de los términos que enlazan la esencia idílica a la presencia real; y Lidia Recarey Ponte expone el mundo imaginativo de Francisco de Rioja, y la pulsión espiritual y aromática en la construcción de sus silvas. Finalmente, el quinto bloque, titulado «Silva de poemas», contiene las observaciones de Laura Castro Álvarez, quien se adentra en la desviación convencional que propone Quevedo sobre la belleza, elogiando los defectos que el amor disipa en la rotundidad de su esplendor; de Samuel Parada Juncal, que ejecuta un amplio tratamiento de

la producción pastoril de Quevedo, con el rastro de un bucolismo primigenio y sublimado a raíz de elementos mitológicos; y, por último, de Lucio R. Cabreiro, quien emprende un recorrido acerca de los tópicos antifranceses en la poesía de Quevedo, asumidos de su relación con el duque de Osuna, y plasmados en sus obras como precaución contra los perniciosos hábitos franceses.

Sin duda, los interesantes estudios del volumen que se reseña son heterogéneos, amplios y de honda erudición académica, y, por tanto, entablan un diálogo entre sí para proyectar hacia lo universal la figura de Quevedo. No solo se descifra la sistematización poética del pensamiento de un periodo concreto, donde se resalta la oscilación entre invectiva y parodia en los sonetos cruzados entre Quevedo y Góngora, como hecho célebre pero anecdótico, sino que también se aprecian numerosos rasgos acentuales y cíclicos que ratifican la intensidad e intención personal del discurso de estos poetas, ligados a la vehemencia calculada en favor de las elecciones intuitivas que someten los conceptos poéticos a un alto valor de intensa realidad vivida. La jerarquía de prioridades enunciadas responde al razonamiento puramente interesado dentro de las concatenaciones de procedimientos lógicos y formales. En otras palabras, se trata de la celeberrima pugna entre lo subjetivo y lo objetivo. Eso sí, con el rigor positivo de encadenar consecuencias que concluyan en la aceptable conveniencia de un argumento dado por válido, pese a su carácter ficticio y literario.

Por supuesto, en el Siglo de Oro, la dialéctica con la tradición se utilizó para abordar temáticas actualizadas, y con un talante provocador se asumió la responsabilidad de difundir a los grandes autores que sublimaron anteriormente el arte de la silva. No solo Quevedo, también Lope de Vega y otros tomaron las influencias que derivaron en el gusto por el ingenio pulcro y por las maravillas conceptistas de lo sutil. No obstante, detrás de la mimesis se esconde el valor de la voz propia. Las influencias, por ejemplo, de Quevedo lo sitúan en un gran conocedor del recorrido que la silva emprende desde sus orígenes. Asimismo, ser honesto en el poema significa exponer la desnudez vital de la existencia donde el individuo tiembla de voluntad, de conocimiento y de pasión. Ingredientes que especifican el tono ambiental de un discurso situado, fronterizamente, entre lo imaginario y lo real. Por esto, la conciliación de ambos planos se fragua, desde luego, en una perspectiva sustancialmente emotiva, y a través de tal afectividad cenestésica la silva en Quevedo cobra su vigor y su extensión de creación sublime, en tanto que pureza individual (y colectiva) proyectada hacia universales de la tradición canónica.

Por otra parte, existe una filosofía de la virtud presente en la sabiduría exegética de Quevedo y el resto de escritores destacados del Siglo de Oro. Cuando el vate madrileño interpreta las odas de Anacreonte, lo hace poniendo énfasis en los deleites que conducen a la felicidad instantánea. Sin embargo, esto no implica desviarse del camino recto. De hecho, también brilla un aura de estoicismo en tanto que se ambiciona la firmeza del espíritu para doblegar la desesperanza del mundo

y su *vanitas* contagiosa. Nuevamente se pueden establecer analogías respecto de la naturaleza novedosa que suponen las lecturas quevedianas, pero en último término, toda semejanza con lo imitado impondrá, probablemente, la suficiencia de los sucesivos desarrollos miméticos en el eje radial de sus conceptos. De esta forma, la hermenéutica perfila como axioma aquello que se considera paradójico en sus desenlaces.

Por último, es dable trazar enlaces covalentes entre el soneto y la silva a partir del tratamiento de la moral que hace Quevedo en cada forma poética, así como otros autores (por ejemplo, Catalina Clara Ramírez de Guzmán). En ambas se sustantiva lo innovador, pues en España, hasta entonces, no se había producido dicho trasvase tópico a las esferas analíticas de una y otra forma poética. Por tanto, el afán moralizante que subyace en algunas silvas auriseculares, amplía la versatilidad de una composición alejada, en sus inicios, de tales propósitos conductuales. Se fragua ahí la alianza entre novedad y tradición, y se implantan nociones de libertad en el acto de escritura, tan defendidas a capa y espada por el caballero de la Orden de Santiago. La ética de la didáctica moral inspira un capítulo de importante inspiración humanística donde el empuje lírico alza su vuelo, y en cuya epistemología se otean, genuinamente, resortes de activación poética y horizontes de esperanza. La sucesión de instantes surca un tiempo que va acumulándose en la conciencia interna y externa de una época que alterna el símbolo y el logos. En efecto, la combinación precisa *res-verba* favorece la irradiación de aperturas conceptistas dentro del marco barroco de sus interacciones.

Todo ello nos lo sugiere *Quevedo en su contexto poético: la silva*, volumen que, en definitiva, nos ofrece un amplio catálogo de claridades sobre uno de los mayores exponentes de nuestro Siglo de Oro, logrando dinamizar y extender el estudio de las claves teóricas y pragmáticas que se desprenden de su inagotable producción. Sin duda, el esmero académico propicia riqueza reflexiva, y de ahí que la coordinación grupal ahonde en dar sentido y multiplicidad a las pretensiones ideológicas quevedianas, así como a los comentarios exegéticos que se suceden desde los coetáneos del propio autor. Con severa minuciosidad, este volumen expone la complejidad contextual de un tiempo y un poeta que se trascienden a sí mismos.

Antonio Díaz Mola